

Eduardo F. Pironio

LATINOAMERICA: "IGLESIA DE LA PASCUA"

"Criterio", 45 (1652): 520-526, 28 de septiembre 1972.

Introducción

UNA interpretación de la Iglesia latinoamericana debe ser hecha **desde la fe**. Es el único modo de penetrar en su profundidad sacramental y en el dinamismo interior del Espíritu que la mueve.

Desde la fe, nos esforzamos también por penetrar en el concreto de la vida de nuestro pueblo para descubrir **el designio de Dios** en nuestra Iglesia, en el contexto único de la historia de la salvación. Hemos de cuidarnos de exagerar el misterio y el prodigio de una Iglesia Latinoamericana, o de caer en la euforia o la desesperación al enumerar problemas y proyectos.

Una interpretación auténtica de la Iglesia latinoamericana supone:

- su perfecta fidelidad a Cristo;
- su respuesta evangélica a la realidad global del continente, y
- su generosa comunión con la totalidad de la Iglesia Universal.

2. La Iglesia latinoamericana está viviendo **su hora**: hora de cruz y esperanza, de posibilidades y riesgos, de responsabilidad y compromiso; hora providencial de nuestra Iglesia, que no puede ser vivida por o para nosotros solos. Aquí entra fundamentalmente el Misterio de la Comunión.

El Espíritu Santo la irá desarrollando en la fecundidad de su dinamismo propio, en una tarea creadora.

Hemos de hacer que la Iglesia Latinoamericana sea plenamente ella misma. Pero necesita para ello la riqueza espiritual de las Iglesias hermanas. Ellas han de promover el crecimiento interior de cada Iglesia, para que pueda ser fiel a su vocación específica. Por eso, dejarla totalmente librada a su energía juvenil o pretender aprisionarla en moldes extraños serían dos modos de paralizar su vida. Ella misma se podría desfigurar o asfixiar viviendo hacia adentro, demasiado preocupada por lo suyo, sin ofrecer generosamente su pobreza a la variada riqueza de la

Iglesia universal, porque hay siempre nuevos dones del Espíritu en la dolorosa penuria de nuestras Iglesias jóvenes.

3. Es la hora de **una particular efusión del Espíritu de Pentecostés.**

Mucho más que un intento superficial de actualización, o el fruto de presiones históricas, se trata de una nueva manifestación de Dios que compromete la transformación interior de cada hombre.

Esa manifestación tiene dos expresiones concretas:

a) **las aspiraciones** legítimas de los pueblos que interpelan evangélicamente a la Iglesia,

b) **la mayor conciencia** que la Iglesia Latinoamericana va adquiriendo de la globalidad de su misión esencialmente religiosa, que, por lo mismo, es profundamente humana. (cf. GS, 11).

¿Cuáles son las dimensiones humanas del mensaje evangélico y las exigencias históricas de lo religioso y eterno?

La Iglesia no se puede definir desde una perspectiva simplemente socioeconómica y política, sino **esencialmente salvífica.**

En ella se manifiesta la efusión particular del Espíritu de Pentecostés. Lo que importa en ella es el Sacramento, el signo e instrumento del Señor Resucitado.

Esa acción del Espíritu nos impulsa por un lado a la **conversión** (mediante una profunda asimilación a Cristo muerto y resucitado) y a la **contemplación**; por el otro lado, nos impulsa a la **misión** y al **testimonio.**

La Iglesia latinoamericana será "**Iglesia de la Pascua**" bajo tres aspectos concretos: IGLESIA DEL ACONTECIMIENTO DE PENTECOSTES, IGLESIA PROFETICA, IGLESIA LIBERADORA DEL HOMBRE.

I. Iglesia del acontecimiento de Pentecostés

4. **Fiel** al Espíritu, a la Iglesia latinoamericana le interesa el hombre, la liberación de los pueblos, la construcción de la historia. Pero lo hace desde las exigencias radicales del Evangelio, en perspectiva fundamental de fe, en esencial tensión escatológica.

El momento de la Iglesia latinoamericana está en el ámbito específico de la salvación, la que tiene su único principio en Cristo, y abarca la totalidad del hombre y de su historia.

Pentecostés es un "acontecimiento". Se repite permanentemente en la Iglesia; pero hay momentos providencialmente salvíficos en que la Iglesia lo experimenta, a través de una voluntad más profunda de **conversión**, de **comunión**, y en el dinamismo irresistible de la **misión.**

Entonces, se siente **Sacramento del Señor y fermento de Dios** para la transformación de los pueblos. En América Latina, el Espíritu nos llama a la conversión y nos hace experimentar la angustia de los pueblos.

5. Insistimos en el hecho de la **conversión**: fruto del Espíritu; es vuelta fundamental a Cristo —cuya transparencia seremos— y a las exigencias radicales del Sermón de la Montaña, para ser "Hombres Nuevos" que realizan la plenitud de la justicia nueva (Ef 4,24; Mat 5,20). Es vivir cotidianamente el espíritu de las Bienaventuranzas evangélicas. Esa conversión, la sentimos como urgencia. La hemos comenzado, pero falta mucho todavía.

6. **El Espíritu de la Verdad** nos introduce en Cristo, nos descubre el misterio del hombre. Es Espíritu de **interioridad**, de oración y de diá-

logo. Eso hace de la Iglesia Latinoamericana, Iglesia de la misión y del servicio, de la comprensión del hombre y de la solidaridad con la historia, una Iglesia que busca ser **contemplativa**, que se ubica en actitud asimiladora frente a la Palabra revelada.

El Espíritu de Fortaleza nos comunica la audacia equilibrada en medio de las tensiones, la firmeza y la esperanza en medio de la desesperanza y del miedo. Tenemos que comunicar a los hombres la seguridad que viene de Pentecostés. "No temáis".

El Espíritu de Amor engendra la capacidad de servicio y de ofrenda a Dios. La Iglesia puede correr el riesgo de "secularizarse" como antes corrió el riesgo de "deshumanizarse", olvidando el sentido de la Encarnación de Cristo. El Espíritu Santo nos recuerda la inseparabilidad práctica de la dos dimensiones del mandamiento principal (Mat 22,34-40; Jn 4,20).

La Iglesia latinoamericana tiene que vivir y expresar la comunión: "Dios y el hombre, Liturgia y promoción, Evangelio y Eucaristía. Esa es su gracia y responsabilidad".

7. Lo que en definitiva cuenta es el Espíritu Santo, el cual nos transmite la seguridad y el desprendimiento, es decir el sentido total de la **esperanza**.

La Iglesia Latinoamericana es una **Iglesia pobre**, y eso es la fuente de su fecundidad, porque así puede contar con las armas del Espíritu. La pobreza hace parte de la vocación latinoamericana. Define el rostro particular de nuestra Iglesia desposeída y en camino, liberada de ataduras y consciente de sus límites, apoyada en Dios y transparente al Señor Resucitado. Más que un modo de solidarizarse con los que sufren o de manifestar su protesta, es un signo de que el Señor ha llegado y la seguridad de que el Reino de Dios ha entrado en la historia.

Pero esa pobreza tiene que ser asumida en el gozo y el silencio. La proclamación solemne la destruye. Una Iglesia verdaderamente pobre tiene hambre de Dios y experimenta la alegría del servicio. Su preocupación salvadora es el hombre, su única riqueza es Cristo, y su única potencia es el Espíritu Santo.

II. Iglesia profética

8. La Iglesia de América Latina siente hoy la urgencia de proclamar el Evangelio en su totalidad. Asume como principal tarea **la Evangelización plena de los pueblos**; eso, porque la fe supone la proclamación de la Palabra, y porque tenemos un continente bautizado pero apenas evangelizado.

Evangelización plena. No somos dueños de la Palabra, sino ministros. Ni siquiera Cristo, el Profeta grande, se siente con derecho a inventar la doctrina o modificar las palabras: "Yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me ha enviado, me ha mandado lo que tengo que decir y hablar." (Juan 12,40).

Desde una situación concreta, intentamos penetrar la Palabra y actualizar el Evangelio, pero sin pretender disimular sus exigencias o torcer la potencia del Espíritu.

Una Evangelización plena significa también que tienda esencialmente a su **culminación en la Eucaristía**.

No podemos oponer ni separar Evangelio y Sacramento, Iglesia profética e Iglesia cultural.

Una Evangelización plena desemboca en el compromiso práctico de la fe. "¿De qué sirve que alguien diga: "tengo fe" si no tiene obras?..." (Sant 2, 14).

Una Evangelización plena, proclamación de la Palabra en el Espíritu, comunica a los hombres el misterio total de Dios que se revela en Cristo, desentraña la dimensión humana del acontecimiento de la Salvación y compromete a los cristianos en la promoción integral de todo el hombre y de todos los hombres.

No podemos simplemente identificar ni tampoco separar Evangelización y promoción humana. La fe alcanza su perfección en la realización práctica de la justicia y de la caridad y por allí avanza el camino de la paz.

9. La Iglesia Latinoamericana necesita una **interiorización de la fe** (lo cual supone iluminación, purificación, maduración y compromiso) y una **interpretación** desde la fe, de la realidad global latinoamericana.

Falta en muchos casos una elemental **aproximación** a la fe. La urgencia de evangelización que existe en la Iglesia Universal se siente aquí más dramáticamente. No solamente por los motivos generales, cambios universales que modifican las perspectivas religiosas, sino también por haber tenido una predicación de la fe con la imagen de un Dios demasiado alejado de la historia de los hombres. No era el Dios Vivo de la Revelación manifestado en Jesucristo, imagen del Padre, permanentemente fiel a sus promesas y presente entre nosotros hasta el final.

Falta profundidad en la fe. Eso depende en parte de carencia de corazones limpios y desprendidos, los únicos capaces de ver a Dios y de acoger en la pobreza la Revelación del Padre. Depende también de una falta de reflexión auténtica y de una penetración más simple y cotidiana de la Palabra de Dios. De allí que la vida se siente desconectada de la fe. La fe, si subsiste, no da sentido único a la existencia cotidiana. La fe cambia todo en la vida cuando Cristo es Alguien para el cristiano.

Los jóvenes que se sienten interpelados por la fe piensan que el único modo de vivirla es comprometerse con la revolución y la violencia. Falta una interiorización de la fe, y una interpretación de los hechos en el contexto de la Salvación.

10. Por eso, urgimos una **Iglesia profética**. Nuestra Iglesia Latinoamericana se manifiesta al mundo como la Iglesia de la Profecía. Su grito profético es una vocación suya para la totalidad de la Iglesia universal por la situación que vive el continente. Pero hemos de entender lo que es Profecía. No se trata simplemente de denunciar las injusticias y la situación de pecado en que viven los hombres. Esta entra en la tarea del Profeta (si es auténtico), pero no es lo único ni lo primero.

Además, "la **pasión**" del profeta es el **Espíritu Santo**, no la agresividad humana. Una de las características más claras del profeta verdadero es la conciencia de sus límites y la dolorosa experiencia de su impotencia y de su miedo (cf. Jeremías 1,4-10; Isaías 6,1 ss.; Ez 2).

El profeta es el hombre del **Espíritu** que anuncia en su nombre las cosas de Dios. El profeta es hombre de oración y fiel a la transformación personal de la Palabra. El profeta es pobre y revestido de la for-

taleza del Espíritu. El profeta ama profundamente a todos sus hermanos y golpea evangélicamente su corazón para salvarlos.

La Iglesia profética debe **proclamar las maravillas de Dios** en el lenguaje diverso de los hombres, y sobre todo la Resurrección de Jesús a quien el Padre constituyó Señor y Cristo (Hechos 2,37-47).

También debe dar una interpretación salvífica de la historia, intuendo el designio de Dios en los acontecimientos, para comprometer a los hombres en la transformación del mundo.

En fin, la profecía debe entenderse como **llamado evangélico** a la conversión para el perdón de los pecados y el descubrimiento de Cristo presente en medio de los hombres como el Cordero que les quita el pecado.

Una Iglesia profética denuncia claramente las injusticias con la audacia del Espíritu. Pero solamente lo hace cuando, consciente de su fragilidad y su pobreza, se ha dejado revestir plenamente por el Espíritu de la Santidad y ha revelado totalmente a Cristo.

11. Una Iglesia profética necesita abundar en la **fe** y la **oración**. Tiene que transmitir la fe en la Resurrección de Cristo que vive en la Iglesia como sacramento, en el mundo como Señor de la historia, en el rostro de cada hombre que peregrina en la búsqueda.

Una Iglesia profética tiene que ser necesariamente contemplativa. Sólo podemos anunciar la Palabra de vida que contemplaron nuestros ojos y tocaron nuestras manos (I Jn 1, 1-4). La Iglesia de América latina, Iglesia de la Palabra y de la acción, de la encarnación y del servicio, de la transformación y del cambio, quiere ser la Iglesia del silencio, de la oración, de la contemplación.

III. Iglesia liberadora del hombre

12. Hay una conexión muy íntima —muy evangélica y pascual— entre la consagración del Espíritu, el anuncio de la Buena Nueva a los pobres y la proclamación de la liberación a los oprimidos.

El tema de la liberación es bíblico y pascual; pero es preciso entenderlo en su plenitud, sin abusar del término o vaciarlo de su contenido salvífico.

La Iglesia tiene que ser liberadora como una respuesta del Espíritu al llamado de los pueblos. Esa liberación, ¿qué es? Es la realización en el tiempo, de la salvación integral que nos trae Cristo; es esencialmente tensión escatológica. Se va haciendo la historia en el compromiso de fe de los cristianos, pero se consumará en la gloria. Implica el sacudimiento de toda servidumbre, empezando por el pecado que esclaviza (Jn 8,33), opresión y dependencia injusta; también implica la creación de condiciones tales que hagan posible al hombre ser sujeto activo de su propia historia.

En términos bíblicos, coincide con la redención. Pero extendida a la totalidad del hombre, de los pueblos y del cosmos.

Es la creación del **"hombre nuevo"** en Cristo, movido por el Espíritu, (Ef 2,15; 4,24; Col 3,10; Gal 3,17; 2 Cor 5,17; Rom 8) en la gloriosa libertad de los hijos de Dios.

La Iglesia se interesa por la totalidad del hombre, la globalidad de su salvación, la riqueza plena de su libertad en Cristo (Gal 5,1), pero

no excluye, porque lo exige la unidad del hombre, la serie de acondicionamientos temporales que permiten al hombre realizar su vocación divina y ser dueño de su destino. El hombre y el cosmos entero ansían vivamente y marchan hacia la liberación perfecta. Esa se dará cuando Cristo vuelva y, sometida la muerte, entregue al Padre el Reino definitivo "para que Dios sea todo en todo" (I Cor 15,28).

13. Esa liberación entera se entiende desde el interior del misterio pascual de Cristo. Somos libres por el Espíritu de adopción que recibimos como fruto de la glorificación de Cristo por la cruz. Allí alcanza su plenitud la historia de la salvación, que empieza con la liberación de Israel. El misterio pascual de Cristo recrea al hombre, lo libera de toda servidumbre, fruto del pecado: egoísmo, ignorancia, hambre, miseria, injusticia, muerte. Cristo multiplica los panes, cura a los enfermos, le interesa la totalidad del hombre. La Iglesia prolonga su acción salvadora.

14. Hay una manifestación de Dios en el despertar de la conciencia de los pueblos que descubren su marginación, su dependencia injusta, su situación infrahumana: esa que la Iglesia define como situación de pecado. A la Iglesia le corresponde **denunciar** y provocar la **conversión**.

Es tarea primordial de la Iglesia "quitar el pecado del mundo" del corazón de los hombres o del interior de las instituciones. Proclama el cambio radical y urgente de las estructuras, (P.P., 32) pero sin incitar a la violencia ni alentar la desesperación o la amargura. Grita la conversión y crea una conciencia nueva con la fuerza del Evangelio y el poder del Espíritu. Sigue creyendo en la infalible eficacia de la Palabra y de la acción de Dios. Aunque hayamos perdido la confianza en la palabra y la promesa de los hombres.

Los hombres descubren su vocación divina y el sentido de la historia que no pueden contemplar pasivamente desde fuera. La Iglesia quiere revelarles la globalidad de su vocación divina y solidarizarse con sus angustias y esperanzas. Exhorta al cristiano a la fidelidad a su tarea temporal, construyendo la historia con espíritu evangélico.

15. Para seguir este camino único de la liberación, nos falta aliento. Hay cansancio y desesperada tentación de violencia. Parece improbable la conversión.

Pero no podemos desconfiar en la fecundidad de la cruz. Nos hace falta insistir en la actividad creadora de la esperanza cristiana y el poder transformador de las Bienaventuranzas evangélicas.

La esperanza es tensión escatológica: supone desprendimiento y vigilia, pero también creación y compromiso en las tareas temporales. Hay que comunicar a los hombres desalentados la seguridad de la Resurrección, la permanente presencia de Cristo Señor del Universo y la continua actividad del Espíritu Santo en el interior de la Historia: el Reino de Dios presente, que exige conversión y entrega en la fe.

Es posible la paz, la justicia y el amor porque es infalible el Evangelio.

Hay que celebrar **en la vida** las Bienaventuranzas y el Sermón de la Montaña: no somos verdaderamente pobres, mansos, misericordiosos,

hambrientos de justicia: por eso no hemos saboreado la cruz ni servido de veras a los hombres.

Los pueblos esperan de nosotros la liberación.

El momento que vive América latina —momento de salvación y de gracia— es definitivo. Y es desafío para la Iglesia. O el cristianismo es utopía o los cristianos no vivimos el Evangelio.

El único camino de liberación pasa por la Pascua de Cristo, anadamiento y Resurrección, cruz y esperanza, y se prolonga entre nosotros por el espíritu transformador de las Bienaventuranzas.

Conclusión.

Esta es la Iglesia de América Latina que descubre su fisonomía desde su pobreza. Es la Iglesia de la Pascua. Va naciendo como nació María en la pobreza, el silencio, la disponibilidad.

Es Iglesia-comunión.

Eso se expresa en el CELAM que manifiesta la colegialidad episcopal y la promueve al servicio de los fieles.

Desde América Latina, continente de cruz y esperanza, ofrece esta invitación: que vivamos todos en comunión y que nuestra comunión sea con el Padre y su Hijo Jesucristo, para que el mundo experimente la fecundidad salvadora de nuestro gozo completo en el Espíritu. (I Jn 1, 3-4).